

ridad. A esto se añade que el modelo geopolítico de los Borbones fragmentó profundamente la Audiencia de Quito, lo que activó la emergencia de proyectos autonomistas de carácter regional no solo en Riobamba, sino también en Quito, que buscaron sin conseguirlo ser reconocidos por la Corona. El apoyo de Carondelet y Darquea a los mismos también tiene que ser explicado en ese contexto. Como otro punto de discusión en esta línea, subrayamos el hecho de que dada la naturaleza de la economía colonial, dependiente del capital mercantil, no existían las condiciones para que las élites dieran el salto a un sistema productivo moderno porque, como lo afirma David Brading, la base tecnológica en las colonias siempre fue la energía humana.

Rosemarie Terán Najas
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

MARIO MURILLO. *LA BALA NO MATA SINO EL DESTINO. UNA CRÓNICA DE LA INSURRECCIÓN POPULAR DE 1952 EN BOLIVIA*. PRÓLOGO DE SILVIA RIVERA CUSICANQUI. LA PAZ: PIEDRA ROTA / PLURAL EDITORES, 2012, 164 pp.

El trabajo de Mario Murillo puede caracterizarse como una lectura “a contrapelo” de la historiografía oficial boliviana sobre la Revolución de 1952. Un ejercicio interpretativo de reapropiación –en palabras de su autor– del acontecimiento, por parte de quienes participaron en él y no constan en los registros historiográficos referidos a un proceso que, al ser tomado como rehén por la clase política blanco-mestiza, desactiva el conflicto subyacente en la insurrección popular para incorporarla, luego, en un ejercicio historiográfico “oficial”, orquestado para institucionalizar al MNR y a sus líderes, como artífices y conductores de la revolución, “relato [que] se ordena desde la perspectiva de una mirada colonial y occidental, marcada por la búsqueda de verosimilitud, por la cronología unilineal y por el relato totalizador” (p. 34).

Lo que el libro interroga es la reconstrucción histórica de la revolución de 1952 basada en liderazgos personales salidos de las filas del MNR, vistos como artífices y conductores de un proceso de ruptura al que la población es acarreada como “lo accesorio que sigue a la suerte de lo principal” (p. 38). Referida al testimonio de mineros, trabajadores fabriles, carabineros, transportistas y habitantes de La Paz y El Alto, la reconstrucción del conflicto desarticula la linealidad del relato oficial e interroga la posibilidad de identificar un solo movimiento insurreccional reemplazándola a través de la evidencia testimonial, por el panorama de una *multiplicidad* de conflictos urbanos.

Esta impugnación ocurre dentro del marco interpretativo poscolonial que, al acudir a la memoria social de varios de los actores de la revolución,

socava los fundamentos blanco-mestizos de las interpretaciones históricas canónicas bolivianas. De ahí que la objeción a la historiografía oficial que entraña *La bala no mata sino el destino* se base, principalmente, en los aportes teóricos de Ranajit Guha sobre la forjadura de las historias nacionales en contextos poscoloniales; y en los trabajos de Silvia Rivera sobre la formulación de regímenes de verdad, provenientes de elaboraciones historiográficas oficiales, que traslucen formas de colonialismo.

En el capítulo 1, Murillo identifica un cuerpo de relatos oficiales-escolares dedicados a consagrar al MNR como organizador, conductor y triunfador de la revuelta. Esta historiografía convencional efectúa tres operaciones en la formación del imaginario nacional revolucionario sobre la participación popular: una relación sumaria de los acontecimientos, relacionados con su incidencia a nivel estatal –con la consecuente obliteración de sus implicaciones sociales y étnicas–; el reduccionismo de la acción revolucionaria a un liderazgo individual específico, o a ciertos integrantes del MNR descritos como sujetos-orquesta (Hernán Siles Suazo, Juan Lechín o la figura de Paz Estenssoro operando desde fuera de Bolivia, “tras bastidores”). Y, finalmente, una omisión de la política popular y de la dimensión colectiva del acontecimiento, soslayando las agencias subalternas: la *política del pueblo*, por fuera de la política de la élite.

La metodología seguida en esta crónica-microhistoria es descrita con detalle en el capítulo 2. La búsqueda de testigos de las revueltas populares de abril de 1952 sigue el patrón de una “bola de nieve” (pp. 52-53). Un testigo orienta al investigador hacia otras voces y estas, a su vez, hacia nuevos informantes, formando acumulados de recuerdo que completan panoramas narrativos dentro de marcos sociales específicos de memoria; y abren, al mismo tiempo, otros conductos de referencia sobre los acontecimientos narrados, que evocan la impronta del conflicto en la vida cotidiana.

Murillo caracteriza socialmente los testimonios en dos coordenadas: la posición de clase y la militancia política. Desde estos dos ejes, los testimonios exhiben formas diversas de reconstrucción de los hechos imbricadas con economías del recuerdo dentro de las que el investigador toma parte. Lo que Murillo llama “significación” (pp. 52-53). Así, los recuerdos aluden a un principio de experiencia (la relación cercana, vívida, con lo contado) y a otro de contacto (el papel del investigador como parte del entorno familiar y social del que emanan los recuerdos y que lo vuelve parte, en este sentido, de las maneras en que se rememoran los hechos), lo cual permite apreciar las pertenencias del recuerdo sobre los combates de 1952 confrontadas con la narración oficial, así como el marco de referencialidad del investigador al procesar las fuentes orales.

Las refriegas en el barrio de Miraflores, “testigo espantado pero ávido de combates intensos” (p. 69), se reconstruye en el capítulo 3. Este recuento

abreva de tres voces: Irma Aliaga, habitante miraflorentina; Gonzalo Murillo, perteneciente al Geográfico Militar y soldado –con 16 años en abril de 1952–; y René Espinosa, habitante y combatiente villaflorentino contra el Ejército. Sus testimonios cuentan los combates en Laikakota, la retirada de los soldados del Estado Mayor y la toma de su cuartel. Lo que interesa a Murillo no es tanto corroborar la verosimilitud de lo contado, sino capturar las divergencias de los recuerdos y sus rasgos distintivos. Como se sabe, la memoria, aunque referida a un acontecimiento común, presenta tesis distintas en función de los “lugares” desde los cuales se activa: la habitante del vecindario, el soldado desplegado en el cerro y el vecino combatiente.

La batalla en Villa Victoria se aborda en el capítulo 4. Este barrio de mineros y obreros fabriles fue el escenario de los combates más agudos en la capital, y su crónica se construye con las voces de varios habitantes y obreros. Aquí, el registro oral sobre el conflicto adquiere tonos heroicos. Los insurrectos consiguen, luego de resistir los embates de la infantería y los bombardeos de los aviones AT-6, tomar el Polvorín del cuartel Guaqui y atacar la base aérea. Una vez apertrechados, la resistencia en Villa Mariana se convierte en encarnizado avance contra los militares empeñados en controlar el vecindario y avanzar hacia La Paz: “han muerto hartos soldados, como pescados” (p. 96).

El registro oral de lo acontecido en Villa Mariana relievaa el papel de las mujeres populares como una acción decisoria en el triunfo insurgente. Atención particular en la crónica tienen los combates en el Cementerio para evitar la “descolgada” de los regimientos hacia El Alto (p. 96). En este empeño los militares impiden el ascenso de los insurrectos para tomar control de la Base Aérea. Las fuerzas militares dividen sus contingentes para repeler el avance de los alzados, que, finalmente, desde dos flancos, como si se tratara de un movimiento de alicate, alcanzan la Base Aérea: “era como una cosa de película” (p. 102).

La batalla de El Alto es referida en el capítulo 5. Aquí se detallan los combates en el último escenario de conflicto de aquellos días, ocupado por cinco regimientos militares bajo el asedio de los revolucionarios que, desde la noche anterior, ascendían por las cuestas: “como hormigas llegaba la gente” (p. 102). Los relatos orales de Luis Baldivia (combatiente popular) y Venancio Calderón (minero de Milluni), construyen la crónica.

Los destacamentos militares se reúnen en El Alto con el plan de tomar control de La Paz. El despliegue es interrumpido por la llegada de los insurrectos. Aprovechando las oscuridades nocturnas y el refuerzo de los mineros llegados desde Milluni y Ayllayco, los alzados ahogan el despliegue del ejército. Las filas oficiales se desbandan y no son pocos los soldados que entregan sus ametralladoras a los insurrectos, voltean gorras y chaquetas, y se pasan al bando del pueblo (pp. 109-110).

Al final, con el ejército vencido, soldados, combatientes y mineros bajan juntos a la capital. Habitantes de barrios populares y mujeres los reciben como en otro tiempo a los combatientes de la Guerra de El Chaco. El descala-bro institucional de las Fuerzas Armadas desdibuja los contornos del aparato estatal y los disuelve en la figura de “sujetos revolucionarios” que cobija, por igual, a insurrectos y soldados (p. 113).

En el capítulo 6 el libro interroga la historiografía sobre la batalla de Oruro mediante el testimonio de Luis Fernando Sánchez. Esta relectura pone en perspectiva la reconstrucción narrativa de los hechos. Los hitos memorables en la reconstrucción de los combates son la toma del cuartel Camacho y la derrota del regimiento Ingavi, con la posterior victoria popular.

La visión oficial de una masa popular dirigida por los militantes del MNR en las acciones combativas es puesta entredicho por la reconstrucción testimonial, dejando entrever que tales acciones populares detonaron como una reacción táctica ante la masacre perpetrada por el Camacho (p. 124). Contrariamente a esta idea de conducción, son los emeneristas quienes pliegan una lucha ya empezada.

La batalla del 10 de abril se reconstruye mediante relato escrito del subteniente Arturo Prado, y los testimonios de Luis Fernando Sánchez y Javier Torres Goitia. Estos materiales permiten entrever la conformación de un virtual ejército popular organizado contra las tropas militares del Regimiento Andino de Uncía y los Colorados de Uyuni. La falta de coordinación entre ambos destacamentos permite a los insurgentes conseguir la victoria.

En el capítulo 7, Murillo aquilata las razones del apabullante triunfo popular sobre el Ejército nacional. Su lectura caracteriza una insurgencia fuerte, capaz de combinar y usar un conjunto de “artes del débil” con las que ha podido revertir la relación inequitativa de fuerza entre el cuerpo estatal armado y el pueblo: su experiencia de combate en la Guerra del Chaco; un conocimiento minucioso del terreno de las refriegas conjugado con el aprovechamiento táctico del tejido social popular, y el apoyo de los carabineros y su red de comunicaciones por radio, que apoyaba a los alzados. Frente a ellas, las debilidades acusadas por el Ejército fueron patentes en su condiciones de “ejército-florero” hecho solo para desfilarse en paradas militares, sumado al déficit de coordinación efectiva en el campo de operaciones y la frecuente insubordinación de su personal de tropa.

Finalmente, el trabajo discute las posibilidades de la crónica histórica en el esfuerzo por reinterpretar las versiones oficiales de la Revolución de 1952. El recurso al testimonio y la historia oral logran, según el autor, el objetivo de re evaluar la formulación mitológica del movimiento organizada por la producción historiográfica boliviana y norteamericana. Estos textos, consagrados en una argumentación que subraya lo “objetivo” de sus narraciones,

se enfrentan al problema de la escasez de fuentes que permitan recomponer, por piezas, el panorama de la insurgencia.

A ello se suma el tono partidista de las narrativas sobre la revolución, tramadas más como glorificación del papel de los camaradas del MNR que como esfuerzo interpretativo. Desproporción historiográfica en la que sobran argumentos estructurales (en la interpretación marxista más tradicional) o explicaciones sociológicas ante el déficit en el acercamiento a las situaciones locales de sus participantes: de lo accidental (en el sentido de ruptura) frente a la homogeneidad que presupone el relato oficial. Ello justifica, al decir de Murillo, optar por fuentes marcadas por lo subjetivo y lo arbitrario en una tarea por relieves los accidentes que presupone el estudio en escala micro, de un acontecimiento con implicaciones más amplias.

No obstante, algunos hilos narrativos pudieron anudarse de mejor manera si se hubiese incluido, en la reconstrucción testimonial de los combates, las referencias más cercanas a los sectores políticos bolivianos inmersos en el conflicto o a las memorias de los militares. Ello permitiría aquilatar de mejor manera la “divergencia en el testimonio” entre sectores populares, castrenses y elites políticas, o referir pasajes específicos de los trabajos de historia oficial a los que alude el autor en las páginas iniciales, a efectos de contrastar aquellos episodios del conflicto a los que aluden los testimonios.

Estos aspectos no desdibujan el trabajo con fuentes orales al que nos acercamos en esta reseña que, de suyo, mantiene la característica de “encarnar” el conflicto social en una parte de sus actores.

Santiago Cabrera Hanna
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

KATERINNE ORQUERA POLANCO. *LA AGENDA EDUCATIVA EN EL PERÍODO LIBERAL-RADICAL, 1895-1912*. QUITO. UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR / CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2015, 94 PP.

El libro presenta una investigación histórica basada en fuentes primarias oficiales y trabajada con las categorías de la historia del Estado, con el propósito de contrastar la agenda pública con las prácticas gubernamentales entre 1895 y 1912, el llamado período liberal-radical, en cuanto tiene que ver con la instrucción primaria en general y la que se buscó impartir a las mujeres, en particular. Esta es la pregunta que anima el relato.

En la introducción, la autora explica que su investigación intenta llenar lo que considera un vacío en la historiografía ecuatoriana, esto es: una investigación más profunda de cuáles fueron los proyectos que se plantearon los liberales radicales que llegaron al poder en 1895, luego de la revolución; así como cuál fue